



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El sacrificio de Federico García Lorca en la guerra civil española

Autor: Cambre Mariño, Jesús

Forma sugerida de citar: Cambre, J. (1989). El sacrificio de Federico García Lorca en la guerra civil española. *Cuadernos Americanos*, 3(15), 153-168.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 15, (mayo-junio de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL SACRIFICIO DE FEDERICO GARCIA LORCA EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Por *Jesús* CAMBRE MARIÑO  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO,  
RÍO PIEDRAS

*¿Y qué decir de nuestra madre España, este país de todos los demonios en donde el mal gobierno, la pobreza, no son, sin más, pobreza y mal gobierno sino un estado místico del hombre, la absolución final de nuestra historia?*

Jaime Gil de Biedma, *Moralidades*

EN 1986 se cumplió medio siglo del comienzo de la Guerra Civil Española que ensangrentó al país desde julio de 1936 hasta abril de 1939. En realidad, ese conflicto fratricida no es más que el último eslabón de una prolongada cadena de guerras civiles que han asolado a la Península Ibérica a lo largo de su historia, especialmente durante los dos últimos siglos.

Además, cuando los españoles no han estado combatiendo en guerra abierta entre ellos mismos, España ha vivido frecuentemente en un clima de guerra civil latente en medio de una gran agitación social con enfrentamientos y luchas políticas convulsas que causaron una legión de víctimas en todos los estratos de la sociedad. No se debe olvidar el hecho, bastante elocuente, de que a España le corresponde posiblemente el dudoso honor de ostentar el campeonato de magnicidios entre todos los países europeos. Ese siniestro palmario muestra que en poco más de cien años han perecido en España, víctimas de la violencia política, no menos de cinco presidentes del gobierno. Desde el general Juan Prim, asesinado en 1870, quien inauguró la lista de los magnicidios en el reciente pasado español, hasta el almirante Luis Carrero Blanco, que pereció en un atentado con explosivos en 1973, pasando por Antonio Cánovas del

Castillo en 1897, José Canalejas en 1912 y Eduardo Dato en 1921, ni siquiera la cúspide del gobierno y el Estado han podido sustraerse a la violencia política en la España contemporánea.

A este respecto habría que recordar también los múltiples atentados llevados a cabo contra altas personalidades del gobierno que se frustraron por una u otra razón. Entre éstos se destacan los que sufrió el monarca Alfonso XIII. Especialmente el ejecutado el día de su boda con la princesa británica Eña, el 25 de mayo de 1906, cuando el anarquista Mateo Morral arrojó una bomba contra la comitiva regia que ocasionó la muerte de veintitrés personas y unos cien heridos. Sin embargo, los reyes resultaron ilesos en el sangriento atentado. Lo cierto es que por debajo de la cumbre del Estado, son incontables los españoles de toda condición o nivel social que perecieron víctimas de los enfrentamientos políticos en la reciente historia de España.

Ese frecuente recurso a la violencia entre los habitantes de la vieja "Piel de toro" ibérica ha llevado a muchas personas de mentalidad simplista a la formulación de peregrinas teorías "explicativas" del carácter de los españoles. Ciertos *bonnêtes gens* han llegado a postular que los españoles son prisioneros de una especie de fatalismo atávico que les inclina irremediablemente a la violencia. Esa misteriosa tendencia *caínita* sería la causa y explicación del clima de guerra civil perpetua que aflora en España a lo largo de su historia y, por ende, también de la supuesta *ingobernabilidad* de los españoles.

La chabacana simpleza de estos planteamientos no ameritaría que se tomasen en serio, si no fuera por sus repercusiones en la vida política real. En primer lugar, hay que reconocer que se trata de una idea bastante extendida entre sectores diversos de la población que van desde políticos y militares profesionales hasta banqueros y empresarios de todo tipo. Pero además esos puntos de vista son compartidos incluso, aunque resulte sorprendente, por algunos intelectuales y universitarios. Lo triste del caso es que esos esquemas interperpetativos del supuesto carácter violento innato de los españoles han sido muy bien aprovechados, antaño por las viejas clases privilegiadas, hogaño por la burguesía capitalista y, en todo momento, por la derecha tradicional española que ha justificado así la necesidad de los gobiernos autoritarios de "mano dura" y de "ley" y "orden". En suma, el recurso de la dictadura militar en casos excepcionales para "meter en cintura" a un pueblo "rebelde", "insumiso" y "violento". En pocas palabras, según el esquema simplista de la derecha de hoy y de siempre, a un pueblo ingobernable debe sujetársele con mano de hierro.

Ciertamente, ese esquema interpretativo no deja de ser una deformación interesada que hace abstracción de la realidad histórico social española como causa generadora de la violencia. No son nebulosas causas metafísicas, ni atavismos *cainitas*, ni mucho menos los cromosomas celtibéricos los que engendraron la violencia a lo largo de la historia de España. Son factores más concretos insertos en la formación social española: las profundas desigualdades económicas, las injusticias sociales, la intolerancia política e ideológica, el oscurantismo religioso y educativo, el egoísmo cerril de las clases dominantes, la represión de las lenguas y culturas nacionales de los distintos pueblos peninsulares. He ahí algunas de las principales causas que han provocado la violencia históricamente en España.

Las tres primeras décadas del siglo xx, bajo el reinado de Alfonso XIII, conocieron en España un gran incremento de la conflictividad política y social, reflejo de las inadecuadas estructuras de la sociedad española, las crecientes desigualdades económicas y la inoperancia del sistema político. La inestabilidad de los gobiernos, incapaces de hacer frente a la profunda problemática española (estancamiento económico, desempleo en aumento, escasez, hambre, una mortífera y ruinosa guerra colonial en Marruecos) llevaban al creciente desprestigio de un régimen monárquico fundamentado en el parlamentarismo viciado de la Restauración canovista.<sup>1</sup>

España vivía en un clima de enorme tensión en el que proliferaban las huelgas destructivas, el pistolero gremial practicado por los sindicatos amarillos que era respondido por los anarquistas de la CNT\* y que llevaría más adelante a la "gimnasia revolucionaria" de la FAI.\*\* Como corolario, el ciclo infernal de la represión gubernamental. Es la época en que se hizo tristemente famosa la aplicación de la llamada "ley de fugas", mecanismo utilizado frecuentemente en Barcelona bajo el gobierno del general Severino Martínez Anido, por su jefe de policía coronel Miguel Arlegui (1920-1922). España se hundía progresivamente en el magma de la violencia callejera, el asesinato político y la represión de los aparatos del poder. Frente a ese cuadro desolador se sucedía la zarabanda de gobiernos de una monarquía seudoparlamentaria, los cuales se mostraban impotentes para resolver la profunda crisis es-

---

<sup>1</sup> "De 1917 a 1923 hubo 13 cambios totales de Gobierno y 30 crisis parciales". Santiago Sobrequés, *Historia de España moderna y contemporánea*, Barcelona, Vicens-Vives, 1970, p. 403.

\* Confederación Nacional del Trabajo, fundada en 1911.

\*\* Federación Anarquista Ibérica, nacida en la clandestinidad en 1927 bajo la dictadura primorriverista.

pañola y enderezar los derroteros del Estado por los cauces de progreso y modernidad.<sup>2</sup>

Al deterioro de la problemática social, con el aumento de los enfrentamientos huelguísticos y el encarnizamiento de las luchas callejeras, vino a sumársele la conducción escandalosa de la guerra colonial de Marruecos. Mientras el rey Alfonso XIII se divertía en los casinos de Deauville, se producía el *desastre de Annual* durante el verano de 1921 en el que perecieron miles de soldados españoles arrollados por las cabilas rifeñas sublevadas bajo la dirección de Abd-el-Krim. Los gabinetes de la monarquía se sucedían en su sempiterna inoperancia. En esa situación de profundo descrédito, el régimen monárquico todavía encontró un balón de oxígeno en el golpe de Estado del Capitán General de Cataluña Miguel Primo de Rivera realizado en septiembre de 1923. Esa intervención militar dio paso a la dictadura primorriverista que se extendería de 1923 a 1930 y prolongó por siete años la vida de un régimen moribundo.

Sin embargo, es indudable que la burda dictadura militar del general Primo de Rivera ahondó todavía más el desprestigio de la monarquía en España. Cuando el dictador se vio obligado a abandonar el poder a comienzos de 1930 ante el fracaso de su gestión y la creciente oposición de diversos sectores sociales, entre los que se destacaban los universitarios, el trono de Alfonso XIII se tambaleaba en lo que vino a llamarse la "dictablanda".<sup>3</sup> Ésta se prolongaría aún por algo más de un año hasta que el 14 de abril de 1931, tras unas elecciones municipales que mostraron el auge del republicanismo en las ciudades y zonas industriales de la Península, el monarca Borbón se vio obligado a abandonar el trono y fue proclamada, con gran alborozo popular, la Segunda República en España.

El régimen republicano se vio obstaculizado desde el comienzo por serias dificultades, tanto internas como externas, y no fue la menor de ellas la falta de realismo político de muchos de sus dirigentes. Nació la República en una coyuntura internacional muy poco propicia para el apuntalamiento del nuevo régimen de proclamada vocación demoliberal. Por una parte, el mundo liberal capi-

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 405-406. En 1920 hubo 394 muertes violentas en Barcelona "en un clima de terrorismo sólo igualado poco después en la Chicago de la *ley seca*". Véase también José Terrero, *Historia de España*, Barcelona, Sopena 1972, pp. 610 y 616.

<sup>3</sup> "Los intelectuales Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala toman partido resueltamente por la República". José María Jover Zamora, "La crisis de la monarquía parlamentaria", en Antonio Ubieto y otros, *Introducción a la Historia de España*, 7a. ed. rev., Barcelona, Teide, 1970, p. 875.

talista en el que se inscribía la joven República española estaba sumido en una profunda crisis económica que afectaba a España con mayor virulencia, por constituir el país uno de los eslabones más débiles de la cadena capitalista. Por otra parte, como una respuesta a la crisis ascendente, en Europa se producía un declive del liberalismo democrático mientras estaban en auge los modelos autoritarios. Esto llevaría hacia los sistemas totalitarios del siglo XX, cuyo precedente fue el Estado corporativo fascista italiano y cuya culminación fue la Alemania nazi del Tercer Reich.

En el interior de España, las fuerzas retardatarias y oscurantistas de la derecha tradicional se coligaban en una oposición frontal para obstaculizar los cambios emprendidos por el régimen republicano en los distintos ámbitos de la vida española (reforma agraria, sistema educativo, ejército, divorcio, relaciones Iglesia-Estado, etcétera). Aristócratas, terratenientes latifundistas, burguesía bancaria e industrial, la Iglesia católica y los militares reaccionarios con mentalidad golpista, todos coincidían en su oposición frontal a los intentos reformadores y modernizadores de la flamante República.

Una vez más, en aquella contingencia histórica, los sectores privilegiados de la sociedad española, amalgamados en eso que ha venido denominándose la derecha tradicional y también a veces la "costra reaccionaria", hacían causa común con el fin de cerrar el paso a los proyectos reformistas. Con ello mostraban su determinación de seguir aferrándose a sus privilegios, sinecuras y prebendas y frustraban los esfuerzos para hacer de España un país más habitable y una sociedad un poco más justa. Esa oposición cerril de los sectores atrincherados en el privilegio a que se modifique, siquiera mínimamente, el orden social prevaleciente en España, es lo que ha enconado históricamente los enfrentamientos de clase y las explosiones de violencia de los sectores populares. Al final, las formidables tensiones acumuladas han derivado frecuentemente hacia la Guerra Civil.

Al principio, las fuerzas derechistas trataron de controlar el régimen desde dentro, actuando en el juego político republicano. Lograron aquel objetivo tras las elecciones de noviembre de 1933 que ganaron las derechas encabezadas por los radicales de Alejandro Lerroux y la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) presidida por José María Gil Robles. Esta victoria derechista daría lugar al llamado "Bienio Negro" (1933-1935) de gobiernos de derechas, período que se hizo notorio por los escándalos de la corrupción gubernamental como el del "Straperlo".<sup>4</sup> También por los planteamientos ferozmente represivos de la problemática política

<sup>4</sup> Ramón Tamames, *La República. La Era de Franco*, 2a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1974, pp. 44 y 206.

y social, especialmente en Asturias y Cataluña tras los intentos revolucionarios de octubre de 1934. En Asturias el gobierno derechista no vaciló en utilizar fuerzas legionarias y tropas coloniales de regulares marroquíes al mando del general Francisco Franco, que combatieron la revuelta asturiana con sangüinaria dureza. Mientras que en Cataluña, después de aplastado el intento revolucionario, el gobierno central suspendía el Estatuto catalán, base del gobierno autonómico de la Generalitat.<sup>6</sup>

De cara a las elecciones generales de febrero de 1936, las organizaciones de izquierda, salvo los anarquistas, lograron forjar una alianza electoral que se concretó en el Frente Popular. Esto acabaría dando la victoria a la izquierda y con ello la posibilidad de intensificar las reformas que se habían iniciado en los dos primeros años del régimen republicano, el bienio social-azañista de 1931-1933, reformas que fueron interrumpidas e, incluso, retrocedieron durante el "Bienio Negro". Ante la nueva situación, las expectativas y las aspiraciones populares se agrandaban mientras cundía la impaciencia en las organizaciones obreras y sindicales por la falta de celeridad gubernamental para poner en práctica las reformas más urgentes.

En los meses siguientes al triunfo electoral frentepopulista, la euforia fue dando paso a la desilusión. La impaciencia y la frustración de las capas populares irían en aumento al no encontrar remedio inmediato a las privaciones y carencias que venían sufriendo secularmente, pero que en aquellos tiempos se habían agudizado por un doble motivo: la profunda crisis que sacudía a España y al mismo tiempo la ilusionada esperanza de cambios rápidos y tangibles. De ahí que la creciente presión social empezó a manifestarse con gran fuerza en un desbordamiento de las masas trabajadoras que adquiriría la forma de una situación prerrevolucionaria. En la primavera de 1936 España vivía en un clima de gran tensión en el que proliferaban las huelgas en las zonas industriales y las ocupaciones de fincas por los campesinos hambrientos de tierra en las comarcas rurales donde imperaba el latifundio. En ese ambiente menudeaban los choques violentos entre los trabajadores y las fuerzas del Orden Público, además de que cundían los asesinatos políticos como en las décadas finales de la monarquía.

Por su parte, las organizaciones derechistas, alarmadas por el triunfo electoral del Frente Popular, veían con gran recelo la creciente agitación social y hablaban de la inminencia de una "revolución roja" en España. Aunque los comunistas tenían una represen-

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 37, 195 y 227.



tación insignificante en el Parlamento o Cortes Españolas, menos del cuatro por ciento del total de diputados,\* la derecha consideraba la victoria frentepopulista como un triunfo del marxismo. Perdida la esperanza de controlar la República desde dentro, la derecha tradicional española intensificó la conspiración para acabar con el régimen mediante una rebelión militar.

Para ese cometido contaron con la colaboración de varios generales entre los que sobresalen Sanjurjo y Mola, a los que se sumaron más adelante Francisco Franco y muchos otros. La sublevación estalló a mediados de julio de 1936, pero lo que se había pensado inicialmente como un mero golpe militar se convirtió en un largo conflicto que dejaría marcada a España por varias generaciones futuras con una huella imborrable.

La Guerra Civil de 1936-1939, además de ser la más reciente en la convulsa historia de España, difiere de las anteriores en muchos aspectos. Es propiamente un conflicto del siglo xx y por lo tanto se libró con armamento de este siglo, mucho más destructivo y mortífero. Pero, además, la guerra española se vio afectada por las tendencias ideológicas que desgarraban al mundo de los años treinta. Así, la vieja "Piel de toro" se convirtió en el palenque donde se enfrentaron y combatieron esas ideologías. Eso dio paso a una intensa intervención extranjera en el conflicto, a pesar de la hipócrita doctrina de la "no intervención" proclamada por las democracias occidentales como Francia e Inglaterra.

A España acudieron desde aventureros y románticos idealistas englobados en las "Brigadas Internacionales" para luchar en favor de la República, hasta divisiones militares completas enviadas por la Italia fascista y destacamentos aéreos de la Alemania nazi para ayudar a los militares españoles sublevados. Algunos países como la Unión Soviética y México aportaron una desigual ayuda material y militar en solidaridad con la República Española. Desgraciadamente, todas esas intervenciones realizadas por distintos motivos ideológicos, o por los intereses políticos y geoestratégicos de los respectivos Estados, contribuyeron a ensangrentar y destruir a España durante tres largos años.<sup>6</sup>

Pero las bajas de la guerra no se limitaron a las trincheras, los bombardeos y los campos de batalla. Hubo millares de víctimas que perecieron en la retaguardia a causa de la represión y los odios

\* En las elecciones de 1936, el Partido Comunista de España (PCE) alcanzó una representación de 17 diputados del total de 484 que componían las Cortes. Véase Tamames, *op. cit.*, pp. 37 y 58.

<sup>6</sup> Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Buenos Aires, Grijalbo, 1973, vol. II, pp. 733-743 y 775-782.

desencadenados por la Guerra Civil. Una de esas víctimas fue Federico García Lorca, de cuya muerte se cumplieron hace poco cincuenta años, ya que fue asesinado en Granada en aquel fatídico verano de 1936, al comienzo de la guerra fratricida.

Lo que distingue la muerte de García Lorca de tantas otras víctimas de la contienda es que se trata de un escritor de renombre, no sólo en España sino en el ámbito internacional. Además, aquel sacrificio, tan cruel e inmerecido como inútil, segó la vida del poeta granadino cuando se encontraba en el apogeo de su capacidad creadora.

Transcurrido medio siglo, se recordó la inmolación del poeta y se preparó una serie de actos y homenajes a su memoria en diversas partes del mundo. Como es natural, Granada se adelantó a esta actividad, proclamando a 1986 como el *Año de García Lorca*, conmemorativo del quincuagésimo aniversario de su muerte acaecida el 19 de agosto de 1936.\* Así, el *Año de García Lorca*, quedó abierto el 3 de enero de 1986 en Granada con un acto simbólico en el que el alcalde de la ciudad, Antonio Jara, dio a conocer un avance de los actos programados a lo largo de 1986. La inauguración oficial del año lorquiano sería en el mes de marzo.<sup>7</sup>

Sin embargo, a pesar de homenajes, conmemoraciones y de los cambios que se han producido en España desde la desaparición del dictador Francisco Franco, la mentalidad cerril y montaraz de ciertos sectores de la sociedad española no ha desaparecido por completo. Menos aún ha desaparecido la hostilidad de esos sectores hacia la inteligencia y la cultura, manifestando con ello una clara identificación con la típica actitud fascista atribuida a la famosa frase de Goering: "Cuando escucho la palabra cultura, empuño la pistola".

Esa mentalidad despreciativa y hostil hacia los intelectuales se puso una vez más de manifiesto recientemente en España con ocasión de un artículo antimilitarista y pacifista publicado por el escritor Antonio Gala en el diario madrileño *El País*.<sup>8</sup> Refiere el escritor en su artículo cómo siendo todavía un niño, un guardia civil le propinó un puñetazo por recitar versos de García Lorca. Pues bien, la actitud crítica de Antonio Gala hacia el estamento militar y represivo español le valió la iniciación de un proceso judicial. Además provocó una extensa diatriba y una catarata de cartas de protesta a *El País*, algunas de ellas atiborradas de expresiones soeces e insultos.

\* La partida de defunción de Federico García Lorca consigna la fecha del 20 de agosto de 1936, pero se acepta el 19 de agosto como la verdadera fecha de su muerte.

<sup>7</sup> *El País*, Edición Internacional 6 de enero de 1986, p. 22.

<sup>8</sup> "Soldadito español", *El País*, 19 de mayo de 1985.

tantes para el articulista. La mayoría de esas cartas estaban firmadas por oficiales militares.<sup>9</sup>

Al rememorar la muerte violenta de García Lorca, medio siglo después de ocurrida, vienen a la mente las palabras que el escritor irlandés Ian Gibson, serio estudioso de los temas españoles, coloca al frente de su famoso libro dedicado al esclarecimiento de las circunstancias en que se produjo el asesinato del poeta granadino: "Durante cuarenta años los propagandistas de Franco insistieron en que Federico García Lorca era apolítico y que su muerte había sido o bien un accidente o el resultado de alguna enemistad personal".<sup>10</sup>

Tan insidiosa y persistente fue la propaganda franquista que mucha gente acabó aceptando la supuesta apoliticidad de García Lorca. Desde esa óptica la muerte del poeta, en todo caso, era una tragedia individual aunque especialmente significativa, inserta en la tragedia colectiva que sacudió a toda España. Un hecho desgraciado y lamentable de la Guerra Civil en el cual perdió su preciosa vida un gran poeta. Con este enfoque los propagandistas del régimen franquista habían logrado influir grandemente en amplios sectores de la opinión tanto nacional como internacional.

Casi cuarenta años después de la muerte de García Lorca, el último libro publicado en España sobre el tema, aún bajo el mando del dictador, seguía insistiendo en que el poeta granadino era apolítico. Ese libro, que alcanzaría múltiples ediciones en el ocaso del franquismo, utiliza fuentes confusas y superficiales. Eso no le impide a su autor, José Luis Vila San Juan, remachar en sus páginas finales: "Muchísimas más referencias podrían citarse para probar su total apoliticidad".<sup>11</sup> Según la apreciación de Gibson, si nos dejamos llevar por Vila San Juan, llegaríamos a la conclusión "no solamente de que el poeta no definió nunca su posición respecto al fascismo y al Frente Popular, sino de que no fue republicano siquiera".<sup>12</sup> Eso, como afirma el autor irlandés, sería un falseamiento de la realidad pues es notorio que García Lorca era republicano, explícita y públicamente antifascista, y que rechazó la España tradicionalista y católica tan añorada por las gentes de derecha. También es cierto que el poeta asesinado en 1936 había deplorado públicamente la

<sup>9</sup> Dice un capitán de infantería: "Usted es un necio, señor Gala..." *El País*, 26 de mayo de 1985, p. 15. El capitán se explaya con otros insultos.

<sup>10</sup> Ian Gibson, *El asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Brujería, 1981, p. 13.

<sup>11</sup> José Luis Vila, San Juan, *García Lorca asesinado: Toda la verdad*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 234.

<sup>12</sup> Gibson, *loc. cit.*

represión política desencadenada durante el "Bienio Negro", y apoyó abiertamente la campaña electoral del Frente Popular.

Federico García Lorca había realizado una toma de conciencia política antes y tras el advenimiento de la República. Esa toma de conciencia se aceleró con el auge del fascismo en Europa y tras la llegada de los nazis al poder en Alemania el 30 de enero de 1933. Esos hechos señalaban el peligro del crecimiento y difusión del totalitarismo en el continente europeo, que amenazaba a la España misma.

Desde la proclamación de la República los hechos biográficos del poeta muestran su identificación con el régimen republicano e incluso su colaboración en el programa de apertura social y cultural emprendido en aquellos años en España. En 1932 Federico García Lorca fue nombrado director del nuevo teatro universitario "La Barraca" por el entonces ministro de Instrucción Pública Fernando de los Ríos. El objetivo que se pretendía era llevar el drama clásico español a los pueblos de las provincias que hasta entonces habían estado desatendidos en sus necesidades culturales por los gobiernos de la monarquía. A pesar de las críticas de la derecha, siempre enemiga de que se despierten las inquietudes culturales del pueblo, el proyecto tuvo un éxito rotundo. Sin embargo, los órganos periodísticos de la derecha arreciaban en sus críticas de aquella iniciativa artística y cultural. El 10 de febrero de 1934, la publicación satírica *El Duende* lanzó el rumor de que Lorca "mantenía relaciones homosexuales con los chicos del teatro estudiantil". Decía que el Estado daba dinero para "La Barraca" donde "Lorca y sus huestes emulan las 'cualidades' que distinguen a Cipriano Rivas Cherif, su 'protector' ¡Qué vergüenza y qué asco! "Más tarde, el 5 de julio de 1934, el órgano del partido falangista FE, acusó a "La Barraca" de "llevar una vida inmoral, de corromper a los campesinos y de practicar el 'marxismo judío'".<sup>23</sup>

Por otra parte, el 6 de junio de 1937, diez meses después de la muerte del poeta, *ABC* de Sevilla publicó un artículo sobre "La Barraca". Como señala Gibson, ese texto muestra claramente hasta dónde llegaba el odio de la derecha por Fernando de los Ríos, "La Barraca" y García Lorca. Informaba el periódico monárquico sevillano sobre una experiencia teatral de la Italia fascista y eso, como contraste, le recordaba "la famosa barraca comunistoide del judaizante Fernando de los Ríos, que con aviesa finalidad de propaganda sectaria recorría los pueblos y las aldeas españolas durante la era bochornosa de los cinco años, bajo la apariencia de difusora del

<sup>23</sup> Gibson, *op. cit.*, p. 20.

arte y hasta valiéndose del anzuelo de los clásicos para pescar incautos".<sup>14</sup>

No hace falta recalcar que los "bochornosos cinco años" a los que se refiere el colaborador de *ABC* corresponden al período de vigencia de la República, en paz antes del estallido de la sublevación militar. También queda claro en el texto del periódico sevillano el enfoque que tenía entonces la derecha española sobre la supuesta apoliticidad de Federico García Lorca, tema en el que tanto se insistiría después desde dentro del franquismo.

Existen una serie de hechos bien documentados que muestran la adopción de una postura política por Federico García Lorca. Entre ellos figura la firma de varios manifiestos progresistas durante los años de la República. En el mes de abril de 1933 García Lorca firmó junto con otros intelectuales el manifiesto de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, organización presidida por el catedrático Wenceslao Roces, muy conocido por haber sido el traductor al castellano de las principales obras de Carlos Marx. El primero de mayo del mismo año se publicó el adelanto de una nueva revista: *Octubre. Escritores y Artistas Revolucionarios*. El adelanto incluía un manifiesto contra la persecución por los nazis de escritores alemanes que iba firmado por varios intelectuales españoles. La lista estaba encabezada por Federico García Lorca, que firmó otros manifiestos antifascistas entre 1933 y 1936. Ian Gibson advierte que el antifascismo de Lorca no implicaba su aceptación del marxismo, pues es cierto que no se afilió nunca al Partido Comunista. No obstante, la derecha no dejó de percibirlo como un "intelectual de izquierdas" y un "revolucionario".<sup>15</sup>

Se sabe que el 14 de julio de 1933 los pandilleros de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) allanaron la sede de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y sustrajeron las fichas de los afiliados. Se supone, fundadamente, que entre ellas es posible que figurase la de García Lorca.

Tras el intento revolucionario de Asturias del 4 de octubre de 1934 y la proclamación del *Estat Català* el mismo día, ambos aplastados y reprimidos con gran dureza, se produjo la detención de Manuel Azaña, en Barcelona, acusado de implicación en los hechos de Cataluña. A partir de entonces se desató un torrente de calumnias de la derecha contra el dirigente de la Izquierda Republicana, lo que motivó una carta de desagravio firmada por intelectuales entre los que figuraba García Lorca. Aunque la carta fue suprimida en

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 337-338.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 18.

aquellos momentos por la censura del gobierno derechista, su contenido y la lista de los firmantes se conocería después.

Pocos meses más tarde fue publicada una entrevista con Federico García Lorca en el diario madrileño *El Sol* (15 de diciembre de 1934). En esa entrevista el poeta granadino hacía una expresión clara de solidaridad con los pobres de este mundo. Como muy bien señala Gibson, esta toma de posición tenía una evidente significación política y de compromiso social en el contexto de la época, en que España tenía un gobierno derechista que había desencadenado una gigantesca represión con muertes, torturas y encarcelamientos masivos.<sup>16</sup>

El 29 de diciembre de 1934 se produjo el estreno de *Yerma* en el Teatro Español de Madrid. A pesar del éxito rotundo, los críticos de la prensa de derechas condenaron la obra con dureza por considerarla inmoral, blasfema y anticatólica. La óptica derechista no podía encajar la crítica lorquiana a la España tradicional-católica que representaba la obra. Gibson concluye que el éxito de público de *Yerma* contribuyó grandemente a que la derecha clasificase a Lorca como un enemigo.<sup>17</sup>

A comienzos de 1936 García Lorca tuvo una participación destacada en los homenajes dedicados a Rafael Alberti y María Teresa León (9 de febrero) y Ramón del Valle Inclán (16 de febrero), que había fallecido el mes anterior. Ambos actos, celebrados en vísperas de las elecciones del 16 de febrero de 1936 que dieron el triunfo al Frente Popular, tuvieron una indudable significación republicana y frentepopulista. El segundo fue organizado por Rafael Alberti y María Teresa León y contó con el patrocinio del Ateneo de Madrid. Se leyeron poemas por García Lorca y Luis Cernuda y fue interpretado el esperpento de Valle Inclán, *Los Cuernos de Don Friolera*, de acentuado carácter antimilitarista. No es necesario hacer un gran esfuerzo para imaginar el impacto que producirían tales actos en medio del fervor electoralista que sacudía entonces a Madrid y a España entera.<sup>18</sup>

El resto es bien conocido. La victoria del Frente Popular en las elecciones. La creciente agitación de la primavera de 1936. La conspiración de las derechas. La sublevación militar del 17-18 de julio que derivaría hacia una larga Guerra Civil. El hundimiento de España en un océano de sangre y de llanto. En medio de ese vendaval pereció también el poeta granadino que había acudido a su ciudad desde Madrid en aquel fatídico verano. Se sabe que Federico García

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 25-27.

Lorca no murió solo. En la sanguinaria represión que se abatió sobre Granada en los primeros meses de la sublevación facciosa fueron sacrificadas muchas víctimas. En el momento en que lo asesinaron, el poeta estaba junto a tres compañeros de infortunio: Joaquín Arcollas Cabezas y Francisco Galadí Mergal, banderilleros, y Dióscoro Galindo González, maestro del pueblo granadino de Pulianas, aunque oriundo de Ciguñuela, provincia de Valladolid.<sup>19</sup>

En las conclusiones de su libro, José Luis Vila San Juan reduce el asesinato de García Lorca a un *accidente* en su afán de absolver de responsabilidad a los dirigentes del levantamiento faccioso que daría lugar a la "España Nacional", eufemismo con el que los franquistas designaron a la dictadura de Francisco Franco. Llevado de ese afán, Vila San Juan acumula una larga serie de causas, fortuitas en su mayoría, entre las que incluye: "el caos desatado en Granada en julio de 1936", "el que se llamase Federico (y su padre también)", "su propio miedo y el de su familia", etcétera. En todo caso, reduce el asesinato a una lucha interna entre los sublevados de Granada: la CEDA (representada por el exdiputado Ramón Ruiz Alonso) y los falangistas representados por la familia de los hermanos Rosales (Luis, José y Miguel) que tenían cobijado al "rojo" Federico García Lorca. Todo esto bajo la vacilante dirección del comandante José Valdés Guzmán, nombrado Comisario de Guerra y Gobernador Civil de Granada por los rebeldes el 20 de julio de 1936. Aparentemente Ruiz Alonso, que estaba resentido contra los falangistas por el rechazo de su propuesta de adhesión a Falange a cambio de una asignación de mil pesetas mensuales, convenció a Valdés para que se detuviese a García Lorca. Eso sería con el fin de asestar un golpe al partido nacional-sindicalista que se estaba imponiendo en Granada en los primeros días de la rebelión.<sup>20</sup>

José Valdés Guzmán, militar e hijo de un general de la Guardia Civil, estuvo destinado a la guarnición de Granada durante los años de la República desde 1931. Esto le sirvió para establecer contactos, no sólo con los oficiales militares sino también con las gentes de derecha entre la población civil de la capital granadina. José Luis Arrese, uno de los colaboradores inmediatos del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, encargó a Valdés Guzmán de organizar los "elementos de orden" y asumir la jefatura de las milicias falangistas en Granada para que apoyasen la sublevación militar contra la República. Por esa razón fue Valdés quien

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 245-249 y 251.

<sup>20</sup> Vila San Juan, *op. cit.*, pp. 220-227. Aclaremos que el 18 de julio se celebra en el santoral católico el día de San Federico, onomástico del poeta y de su padre.

asumió el mando del gobierno civil de la provincia al apoderarse los sublevados de Granada el 20 de julio de 1936.<sup>21</sup>

A pesar de eso, distintos testimonios sostienen que Valdés no era un falangista convencido. Por el contrario, se insiste en que en el fondo rechazaba las doctrina del nacional-sindicalismo y sólo se sirvió de los falangistas para apoyar la sublevación contra la República en Granada. Junto con la actuación del comandante Valdés es necesario señalar el papel desempeñado por el capitán de Infantería José María Nestares Cuéllar, quien había sido, hasta su destitución por el gobierno republicano en marzo de 1936, jefe de las Fuerzas de Seguridad y Asalto en Granada. Al triunfar allí el movimiento faccioso el 20 de julio de 1936, Nestares asumió el mando de la Delegación de Orden Público. Gibson afirma que "fue uno de los mayores responsables de la represión granadina de los primeros momentos".<sup>22</sup>

José María Nestares Cuéllar, actuando como jefe falangista de la Primera Bandera de FE de Granada, estableció sus cuarteles en el viejo palacio del Arzobispo Moscoso, situado en el pueblecito de Víznar a pocos kilómetros de la capital. Desde allí Nestares dirigía, con el auxilio de una cuadrilla de asesinos y verdugos conocidos como la "Escuadra Negra", sus operaciones de represión que convirtieron a Víznar en una zona de fusilamientos donde fueron abatidas centenares de víctimas.

Desde Víznar, Nestares estaba en permanente contacto telefónico con Valdés. Ininterrumpidamente, casi todos los días y todas las noches, llegaban coches del Gobierno Civil o de los pueblos con tandas sucesivas de víctimas. Los fusilados de Víznar no procedían de la cárcel de Granada; eran, simplemente, los "desaparecidos", los muertos "no oficiosos", de quienes las autoridades negaban tener noticia.<sup>23</sup>

Gibson recapitula al final de su obra la asignación de responsabilidades en el asesinato del poeta:

Si a Ruiz Alonso, y a sus correligionarios de Acción Popular, les atribuimos un gran peso en la culpabilidad por la muerte de García Lorca (aunque no participasen directamente en el fusilamiento), no caigamos en la simplicidad de dejarnos seducir por los cantos de sirena de los falangistas granadinos de ayer y de hoy que han querido zafarse de

<sup>21</sup> Gibson, *op. cit.*, pp. 70-74.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 238-239. Véase también Marcelle Auclair, *Vida y muerte de García Lorca*, México, Ediciones Era, 1975, pp. 359 y 390.



toda complicidad en dicha muerte, o incluso, en muchas ocasiones, de complicidad en la represión de Granada. Hay varios hechos incontrovertibles: José Valdés Guzmán era falangista, "camisa vieja"; los fagistas participaron activamente en la conspiración contra la República; y muchos de ellos tomaron parte en fusilamientos y "paseos". Valdés, resumiendo, fue quien dio la orden que consumó la muerte de García Lorca, obedeciendo posiblemente unas instrucciones tajantes de Queipo de Llano.

...poca o ninguna diferencia se puede establecer, durante la represión granadina iniciada en julio de 1936, entre falangistas, militares y los pertenecientes a las varias organizaciones formadas una vez tomada la ciudad. En todos los grupos había asesinos y delatores, y todos contribuyeron a manchar con sangre, y para siempre, el bello nombre de Granada.<sup>24</sup>

Con el transcurso del tiempo los franquistas hicieron diversos intentos de "explicación" de la muerte de García Lorca. En uno de los más chocantes llegaron a acusar a los republicanos de aquella muerte. El 10 de septiembre de 1936 un diario de Huelva insertó la noticia de que había sido asesinado en Madrid.<sup>25</sup> El siguiente día, 19, *El Diario de Huelva y La Provincia*, de la misma localidad, aseguraron que fue asesinado en Barcelona. Mientras que en la misma fecha *El Diario de Burgos* publicó la noticia, procedente de París, de que García Lorca fue fusilado en Madrid por elementos marxistas. Este último periódico añadía, según Vila San Juan, que la noticia había causado impresión en los centros literarios franceses, "puesto que eran conocidas sus ideas izquierdistas".<sup>26</sup>

Pero los hechos son bien conocidos después de las acuciosas investigaciones de Ian Gibson. En un artículo reciente, el estudioso irlandés evocaba nuevamente los tristes días finales del poeta gra-

<sup>24</sup> Gibson, *op. cit.*, pp. 281-282.

<sup>25</sup> Auclair, *op. cit.*, p. 363.

<sup>26</sup> Vila San Juan, *op. cit.*, p. 208. Conviene aclarar que el mismo Francisco Franco, preguntado por el corresponsal del diario *La Prensa*, de Buenos Aires, en noviembre de 1937 sobre supuestos fusilamientos de escritores españoles, respondió de esta manera: "Se ha hablado mucho en el extranjero de un escritor granadino; se ha hablado mucho porque los rojos han agitado este nombre como un señuelo de propaganda. Lo cierto es que en los momentos primeros de la Revolución, en Granada, este escritor murió mezclado con los revoltosos. Son los accidentes naturales de la guerra. . . Como poeta su pérdida ha sido lamentable, y la propaganda roja ha hecho pendón de este accidente, explotando la sensibilidad del mundo intelectual". Auclair, *op. cit.*, p. 394. Franco trataba de contrarrestar la publicidad negativa por el asesinato de García Lorca, pero sus explicaciones no se ajustan a los hechos conocidos de la muerte del poeta.

nadino: el susto recibido por la visita de los facciosos a la huerta paterna de San Vicente; la llamada telefónica de Lorca a Luís Rosales en busca de seguridad; la acogida que la familia de éste le dispensó al poeta en momentos muy peligrosos; la detención que llevó a cabo el exdiputado de la CEDA Ramón Ruiz Alonso; la estancia de tres días en el Gobierno Civil de Granada (con tiempo de sobra para que los sublevados pensasen a fondo lo que iban a hacer con el poeta); los términos de la denuncia; la envidia y odio que había en ciertos sectores granadinos contra Lorca; el fusilamiento al lado de la fuente de Ainadamar (fuente de las lágrimas) en Alfácar.<sup>27</sup>

Así pereció el poeta y su muerte se sumó a la muchedumbre de víctimas de la España martirizada:

Porque te has muerto para siempre  
como todos los muertos de la Tierra  
como todos los muertos que se olvidan.

Federico había escrito esos versos en 1935 ante la desaparición de un amigo muy querido. Aquella elegía por la muerte trágica de un gran torero fue tal vez la premonición de la propia muerte del poeta. Así, no sería aventurado considerar que el "llanto por Ignacio Sánchez Mejías" es también el llanto por Federico García Lorca:

Y su sangre ya viene cantando:  
cantando por marismas y praderas,  
resbalando por cuernos ateridos,  
vacilando sin alma por la niebla,  
tropezando con miles de pezuñas  
como una larga, oscura, triste lengua,  
para formar un charco de agonía.

Después se impuso el silencio. Y se extendió sobre España la larga noche de la dictadura clerical-autoritaria que duraría hasta la muerte del general Franco. Tras los infames cuarenta años empezaría a iluminarse la esperanza de la libertad. Una libertad parlamentaria y burguesa que sigue encontrando muchos escollos para afianzarse y que no acaba de satisfacer a amplios sectores de la sociedad española.

<sup>27</sup> Ian Gibson, "Con Dalí y Lorca en Figueres", en *El País*, Edición Internacional, 3 de febrero de 1986, pp. 20-21. En esa entrevista Salvador Dalí hace manifestaciones rotundas sobre la homosexualidad de Federico García Lorca.